

XVII



UANDO volví en mí, me hallé reclinada en un sofá, sola con Leoni, que me miraba con inquietud y ternura.

—Alma mía—me dijo cuando me vió recuperar el uso de mis sentidos—dime lo que tienes. ¿Por qué te he hallado en un estado tan horrible? Sufres acaso? Qué nuevo pesar te aflige?

—Ninguno—le respondí; y decía verdad, porque en aquel momento de nada me acordaba.

—Tú me engañas, Julieta, alguno te ha afligido. La criada que te estaba asistiendo cuando llegué, me ha dicho que un hombre vino á verte esta mañana, que estuvo mucho tiempo contigo, y que al salir encargó que viniesen á socorrerte... ¿Quién era ese hombre, Julieta?

Yo nunca había mentido en mi vida, por lo que me fué imposible responder, estando decidida á no nombrar á Henryet, Leoni frunció las cejas.

—¡Un misterio!—dijo—¿un misterio entre nosotros? nunca te hubiera creído capaz de ello. Pero tú aquí á nadie conoces... ¡Á no ser!... Si fuera él, no habría bastante sangre en sus venas para lavar su insolencia... Dime la verdad, Julieta,

¿ha venido Chalm á verte? ¿Ha vuelto acaso á afligirte con sus viles proposiciones y sus calumnias contra mí?

—¡Chalm!—le dije;—¿está acaso ese hombre en Milán?

Y sentí un profundo terror que debió pintarse en mi rostro, porque Leoni vió que yo ignoraba la llegada del vizconde.

—Si no es él—dijo hablando consigo mismo—¿quién puede ser ese amigo de hacer visitas que se está tres horas encerrado con mi mujer, y la deja desmayada? Lorenzo no se ha separado de mí en toda la mañana.

—¡Cielos!—exclamé:—¡con que están aquí todos tus odiosos compañeros! Haz por Dios que no sepan dónde vivo, y que yo no los vea.

—¿Pero quién es ese hombre á quien no cierras la puerta de tu cuarto?—dijo Leoni que estaba cada vez más pálido y pensativo.—Julieta, respóndeme, yo lo mando, ¿estás?

Conocí entonces cuán terrible era mi situación, crucé las manos temblando, é invoqué al cielo en mi amargura.

—¡No me respondes!—dijo Leoni.—¡Pobre mujer! poca presencia de ánimo te dió Dios; ¡tú tienes un amante, Julieta! Bien haces, pues yo tengo también una querida. Soy un necio en no poder sufrirlo, cuando tú aceptas la mitad de mi corazón y de mi lecho... pero es seguro que no puedo ser tan generoso, ¡adiós!

Cogió su sombrero, y se puso los guantes con una frialdad convulsiva; luego sacó su bolsillo, lo dejó sobre la chimenea, y sin dirigirme una palabra más, sin echarme una sola mirada, salió de la estancia. Oíle alejarse con paso igual y bajar la escalera sin apresurarse.

La sorpresa, la consternación, el miedo, me habían helado la sangre: creí que iba á volverme loca. Púseme el pañuelo en la boca para sofocar mis gritos, y luego, sucumbiendo al cansancio, caí en un abatimiento estúpido.

En mitad de la noche oí ruido en mi cuarto, abrí los ojos, y ví sin comprender lo que veía, á Leoni que se paseaba agitado, y al marqués sentado junto á una mesa, y apurando una botella de aguardiente. No hice movimiento alguno, ni aun me ocurrió la idea de tratar de averiguar lo que estaban haciendo allí, pero poco á poco sus palabras hirieron mis oídos, llegaron hasta mi inteligencia, y tomaron un sentido.

—Te digo que le he visto, y que no me cabe duda—decía el marqués—de que está aquí.

—¡Perro maldito!—respondió Leoni dando patadas en el suelo con toda su fuerza.—¡Ojalá se abra la tierra para liberarme de él!

—¡Bien dicho!—repuso el marqués.—Yo soy de esa opinión.

—Tiene osadía para venir hasta mi propia estancia á atormentar á esa infeliz.

—¿Y estás seguro, Leoni, de que ella no se alegra de que venga?

—Calla, víbora, y no trates de hacerme sospechar de esa desventurada, á quien ya nada queda en este mundo más que mi aprecio.

—Y el amor de M. Henryet—repuso el marqués.

Leoni se dió un fuerte puñetazo en la frente.

—Ya veremos de curarlos de ese amor, sobre todo al flamenco.

—¡Mira, Leoni, que no vayas á hacer alguna botarata!

—Y tú, Lorenzo, no vayas á cometer alguna infamia.

—¿Y tú llamarías á eso una infamia?... pues te aseguro que no pensamos del mismo modo. ¡Tú estás llevando poquito á poco al sepulcro á la Zagarolo para heredar sus bienes, y no aprobarías que yo quitase de en medio á un enemigo cuya existencia paraliza completamente la nuestra! Te parece cosa muy puesta en razón acelerar con tu generosa ternura, á pesar de la prohibición de los médicos, el término de los males de tu amada tísica...

—¡Llévete el diablo! ¿Si esa buena señora quiere vivir aprisa y morir pronto, por qué se lo he de impedir?

—¡Qué horror!—murmuré á pesar mío, y quedé inmóvil sobre mi almohada.

—Me parece que ha hablado tu mujer—dijo el marqués.

—Está soñando—respondió Leoni;—tiene calentura.

—¿Estás seguro de que no nos escucha?

—¡Sería preciso en primer lugar que tuviese fuerzas para oírnos, y no las tiene por desgracia la infeliz! Está muy mala, pero no se queja. ¡Pobre Julieta! No tiene veinte doncellas que la sirvan, no paga á una turba de cortesanos para que satisfagan sus caprichos de enferma: muere santa y cas-

tamente como una víctima expiatoria entre el cielo y yo.

Esto diciendo, se sentó en la mesa y empezó á llorar amargamente.

—He ahí los efectos del aguardiente—dijo el marqués, acercándose la copa á los labios.—Bien te lo dije que al fin te había de atacar los nervios.

—¡Déjame, animal!—exclamó Leoni dando un fuerte empujón á la mesa que á poco más se cae sobre el marqués;—déjame llorar. Tú no sabes lo que son los remordimientos, tú no sabes lo que es el amor.

—¡El amor!—dijo el marqués con tono teatral, remedando á Leoni;—¡los remordimientos! Palabras son esas muy sonoras y muy dramáticas. ¿Cuándo envías á Julieta al hospital?

—Sí, dices bien—prosiguió Leoni con sombría desesperación—háblame así; lo prefiero. Merezco que me hables así, de todo soy capaz. ¡Al hospital, sí! ¡Era tan hermosa y tan inocente! pero yo llegué, ¡y he ahí donde la he conducido! ¡Ah! ¡quisiera arrancarme el corazón á pedazos!...

—Ea, ea—dijo el marqués,—basta de sentimentalismo por hoy. ¡Qué diablos! Bastante plomo has estado para una vez sola... Hablemos ahora con formalidad.

—Dime: ¿spongo que no pensarás seriamente en batirte con Henryet?

—Muy seriamente—respondió Leoni;—¿no hablas tú seriamente de asesinarle?

—No es lo mismo.

—Lo mismo absolutamente; él no sabe manejar ningún arma, y yo las manejo todas con perfección.

—Excepto el puñal—repuso el marqués—ó la pistola á boca de jarro; además, tú no matas más que á las mujeres.

—Mataré á lo menos á ese hombre—respondió Leoni.

—¿Y crees que consentirá en batirse contigo?

—Aceptaré: es caballero.

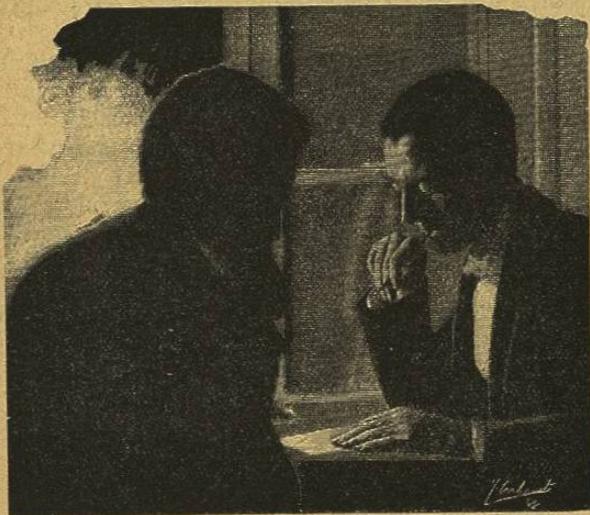
—Pero no es loco. Yo presumo que empezará por hacernos prender como ladrones.

—Empezará por darme satisfacción, y si no quiere, yo sabré obligarle á que me la dé. Le plantaré un par de bofetadas en mitad de la calle.

—Y él te las devolverá, llamándote falsario, estafador y pillo.

—Y tendrá que probármelo; á él aquí nadie le conoce, al paso que nosotros hacemos un papel brillante. Le trataré de lunático y de visionario, y cuando le haya muerto, todos creerán que tuve razón.

—Tú no sabes lo que te dices, inocente—respondió el marqués;— Henryet viene recomendado á los comerciantes más ricos de Italia; su familia además es muy conocida y apre-



ciada en el comercio. Él por su parte tendrá también amigos en la ciudad, ó por lo menos algunos conocidos que le crean. Quiero suponer que se bata mañana por la tarde; bien conoces que tendrá tiempo en todo el día para decir á veinte personas que se bate contigo porque te ha visto hacer trampas en el juego, y porque has llevado á mal el que quisiera impedirte.

—¡Corrientel! Lo dirá y lo creerán; pero le mataré.

—La Zagarolo te plantará en la calle, y hará pedazos su testamento; todos los nobles te darán con la puerta en los hocicos, y la policía te suplicará que vayas á otra parte á lucir tus habilidades.

—Pues bien, ¡me iré á otra parte! Una vez libre de ese hombre, toda la tierra será mía.

—Sí, pero de su sangre saldrá contra ti una lechigada de acusadores; en vez de un solo enemigo, tendrás por enemigos á todos los milaneses.

—¡Oh! ¿qué he de hacer?—dijo Leoni con angustia.

—Darle una cita de parte de tu mujer y calmarle la sangre con un buen cuchillo. Dame ese papelucho que está ahí, y voy á ponerle dos letras.

Leoni sin escucharle abrió una ventana y quedó en profundo abatimiento, mientras escribía el marqués; éste, luego que hubo acabado, le llamó.

—Escucha, Leoni; mira si me pinto solo para escribir un billete amoroso.

«Amigo mío: ya no me es posible recibir á usted en mi casa; Leoni lo sabe todo y me hace terribles amenazas; sáqueme usted de su poder ó soy perdida. Lléveme usted á casa de mi madre ó póngame en un convento; haga usted de mí lo que quiera, pero libreme por Dios de la horrible situación en que me encuentro. Procure usted hallarse mañana enfrente de la fachada de la catedral á la una de la madrugada, y tomaremos nuestras medidas para mi viaje. Fácil me será ir á ver á usted, porque Leoni pasa todas las noches en casa de la Zagarolo. No extrañe usted que le escriba en una letra tan poco inteligible; Leoni en un arrebato de cólera casi me ha desconcertado la mano derecha. Adiós. — JULIETA RUYTER.»

—Me parece que esta carta está concebida en términos prudentes—añadió el marqués—y que podrá parecer verosímil al flamenco, cualquiera que sea el grado de su intimidad con tu mujer. Las palabras que poco antes la oímos dirigirle en su delirio, nos dan casi la certidumbre de que la ha ofrecido llevarla á su país... La letra es informe, y que conozca ó no la de Julieta...

—Veamos—dijo Leoni con honda atención, é inclinando el cuerpo sobre la mesa. Y en tanto brillaba en su rostro una horrible expresión de duda y de persuasión, pero no ví más: mi cerebro estaba rendido, mis ideas se confundieron, y caí en una especie de letargo.

XVIII



UANDO volví en mí, la mustia luz del quinqué iluminaba los mismos objetos. Fuíme incorporando lentamente, y ví al marqués en el mismo sitio en que le había visto al desmayarme. Todavía era de noche: veíanse aún algunas botellas sobre la mesa, un tintero y algo que no distinguía bien y que parecía un arma. Leoni estaba de pie en la estancia. Procuré entonces recordar su conversación anterior, esperé que los horribles recuerdos inconexos que se me venían uno á uno á la memoria eran otros tantos ensueños febriles, y no supe al principio que entre aquella conversación y la que entonces empezaba, habían transcurrido veinticuatro horas. Las primeras palabras de que pude darme cuenta á mí misma, fueron éstas:

—Alguna desconfianza debía tener, cuando venía tan bien armado.

Esto diciendo, Leoni se limpiaba con un pañuelo su mano ensangrentada.

—¡Bahl eso que tú tienes no es más que un rasguño—dijo el marqués;—peor herido estoy yo en la pierna, y con todo

tendré que bailar mañana en casa de la condesa.... para ahuyentar toda sospecha.... Con que así, véndate la mano y no vuelvas á pensar en semejante aventura.

—Me es imposible pensar en cosa alguna que no sea en esa sangre; paréceme que veo un lago de ella alrededor de mí.

—Tienes unos nervios muy delicados, Leoni; tú no vales para nada.

—¡Canalla!—dijo Leoni en tono de odio y de desprecio;—sin mí eras muerto, porque ya empezabas á huir como un cobarde, y si no me engaño, debes estar herido por detrás. Á no haberte visto perdido, y si tu perdición no hubiera acarreado la mía, jamás hubiera yo atacado á semejante hombre de aquel modo... pero tu feroz obstinación me obligó á ser tu cómplice. Sólo me faltaba cometer un asesinato, para ser digno compañero tuyo.

—No vengas ahora echándola de modesto—repuso el marqués:—cuando viste que se defendía, te convertiste en un verdadero tigre.

—¡Ah! Sí, me regocijaba el corazón verle morir defendiéndose, porque al fin y al cabo le maté cara á cara y sin traición.

—¡Cierto que sí! Él quería dilatar el lance hasta el día siguiente, pero como tú tenías alguna prisa, le despachaste en el acto.

—¿Y quién tuvo la culpa, villano? ¿Por qué te echaste sobre él en el momento en que nos separábamos, habiéndonos dado palabra de volvernos á ver? ¿Por qué apretaste á huir al ver que estaba armado, y me pusiste de este modo en la alternativa de defenderte ó de exponerme á que me delatara al día siguiente á la justicia, por haberle tendido un lazo de acuerdo contigo para asesinarle? Esta es la hora en que merezco ir á un patíbulo, y sin embargo no soy un asesino, porque me he batido con armas iguales, con peligro igual, con valor igual.

—Sí, no se puede negar que se defendió perfectamente, y que uno y otro habéis hecho prodigios de valor. ¡Por Dios que era cosa de ver, que era una escena verdaderamente homérica aquel desafío á cuchillo, y eso que no debo ocultarte que, para un veneciano, manejas esa arma miserablemente.

—Verdad es que no acostumbro á servirme de ella; pero,

ahora que me acuerdo, creo que sería prudente esconder ó hacer pedazos este puñal.

—¡Solemne disparate! amigo mío. Nada de eso; tus criados y tus amigos saben que siempre llevas esa pluma contigo, y si la hicieras desaparecer, sería eso un indicio contra nosotros.

—Verdad es. ¿Y tu cuchillo?

—El mío está virgen de su sangre; mis primeros golpes no le alcanzaron; y luego los tuyos nada me dejaron que hacer.

—¡Ah! ¡verdad es! Tú quisiste asesinarle, y la fatalidad me ha obligado á que cometiera yo la acción que tanto me horro-
riza.

—¡Bah, bah! Esas son ganas de hablar; tú ibas muy contento á la cita.

—Es porque tenía en efecto el presentimiento instintivo de lo que iba á hacerme cometer el horrible demonio que me persigue... En fin, ¡á eso estábamos destinados los dos! Ya estamos libres de él. Pero dime ¿por qué diablos le limpiaste los bolsillos?

—Precaución y presencia de ánimo por parte mía. Hallándole despojado de su dinero y de su cartera, naturalmente buscarán al asesino entre el pueblo bajo, y nunca sospecharán de unos hombres como nosotros; la cosa pasará por un asesinato cometido con objeto de robarle, y no por una venganza privada. Ten cuidado de no venderte mostrando una turbación ridícula cuando oigamos mañana referir el lance, y nada tenemos que temer. Acerca la vela, que voy á quemar estos papeles; por lo que hace á la moneda acuñada, es cosa que no compromete á nadie.

—¡Tentel!—dijo Leoni, cogiendo una carta que iba á quemar el marqués con las demás—ahí he visto el apellido de Julieta.

—Es una carta á su madre—dijo el marqués.—Veamos.

«Señora, si aún es tiempo, si no se puso usted ayer en camino al recibir la carta en que la decía que viniese á reunirse con su hija, no lo haga usted; espérela ahí ó salga á recibirla hasta Strasburgo, á donde llegaré con M.^{lle} Ruyter dentro de breves días. Esta infeliz está ya decidida á huir de la infamia y de los malos tratamientos de su seductor; ahora mismo acabo de recibir un billete suyo en que me anuncia por fin

esta resolución: esta noche nos veremos para fijar la hora de nuestra partida. Yo, por mi parte, estoy también decidido á abandonar todos mis asuntos para aprovechar la buena disposición en que ahora se halla, y que acaso podrían destruir en breve las zalamerías de su amante, que aún conserva sobre ella un poder inmenso. Mucho temo que el amor que tiene á este miserable sea eterno, y que el dolor de abandonarle le cueste muchas lágrimas. Con todo, sea usted indulgente y buena con ella: ese es un deber de usted como madre, y no dudo que el cumplimiento de este deber será muy dulce para su corazón. Yo, por mi, soy áspero y explico más fácilmente mi enojo que mi compasión; quisiera ser más persuasivo, pero no puedo ser más amable, y no es mi suerte ser amado.

PABLO HENRYET.»

—Esto te prueba, oh amigo mío—dijo el marqués con tono burlón, presentando la carta á la llama del quinqué, que tu esposa te es fiel y que eres el más feliz de los marqués.

—¡Pobre mujer!—dijo Leoni—¡pobre Henryet! ¡Oh! ¡él la hubiera hecho feliz! ¡él la hubiera respetado y querido á lo menos! ¿Qué horrible fatalidad la ha arrojado en manos de un infame aventurero, impelido á ella por el destino de un extremo á otro del mundo, cuando tenía á mano el corazón de un hombre honrado? ¡Insensata, insensata! ¿Por qué me preferiste!

—¡Bravo!—dijo el marqués en tono irónico.—Sólo falta ahora que hagas algunos versos; un epitafio á la memoria del hombre á quien asesinaste anoche, me parecería cosa de muy buen gusto y nueva sobre todo.

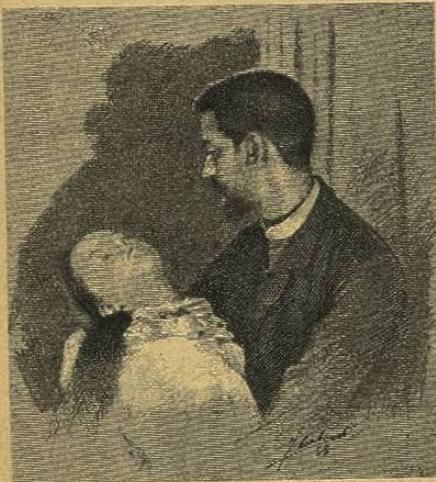
—Sí, se lo haré—dijo Leoni—y el texto será éste:

«Aquí yace un hombre de bien, que quiso hacerse el defensor de la justicia humana contra dos malvados, y á quien la justicia divina hizo morir bajo sus puñales.»

Cayó Leoni en un doloroso estupor, durante el cual repetía á cada instante maquinalmente el nombre de su víctima. «¡Pablo Henryet!—decía—veintidós ó veinticuatro años todo lo más; un semblante apático, pero hermoso; un carácter recto y firme; odio implacable á la injusticia; el orgullo brutal de la honradez, y, sin embargo, un no sé qué de tierno y melancólico. Amaba á Julieta, ¡siempre la amó! En vano lucha-

ba contra su pasión; esta carta me prueba que aún la amaba, y que la hubiera idolatrado si hubiera podido curarla de su insensato amor. ¡Julietta! ¡Julietta! ¡Aún pudieras haber sido feliz y yo le he muerto! te he arrebatado el hombre que aún podía consolarte; tu único defensor no existe ya, y sigues siendo la presa de un miserable bandido.»

—¡Admirable!—dijo el marqués;—es lástima que hagas un solo movimiento con los labios, sin tener un taquígrafo al



lado que perpetúe tus nobles y patéticos exabruptos. Yo me voy á la cama; ¡buenas noches, amigo! ¡Acuéstate con tu mujer, pero múdate de camisa, porque á fe mía que tienes en la pechera sangre de Henryet!...

Salió el marqués, y después de un instante de inmovilidad, se llegó Leoni á mi cama, describió las cortinas y me

miró; vió entonces que yo estaba incorporada en mi lecho, y que tenía los ojos abiertos y clavados en él. No pudo Leoni sostener el aspecto de mi semblante lívido y de mi mirada fija en el suyo; retrocedió lanzando un grito de terror, y yo le dije repetidas veces con voz débil y ronca: «¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!»

Cayó de rodillas como herido del rayo, y se arrastró hasta mi lecho con aire suplicante: «¡Acuéstate con tu mujer—le dije, repitiendo las palabras del marqués en una especie de delirio;—pero múdate de camisa, porque á fe mía que tienes en la pechera sangre de Henryet!»

Cayó Leoni de bruces en el suelo, lanzando gritos inarti-

culados; entonces perdí completamente el sentido, y me parece que repetí sus gritos imitando con una estupidez servil la entonación de su voz y las convulsiones de su pecho. Creyó que me había vuelto loca, y levantándose con terror, se acercó á mí; yo pensé que iba á asesinarme y me eché fuera de la cama, gritando: «¡Perdón! ¡perdón! ¡no lo diré!...» Y me desmayé en el momento en que me cogió en sus brazos para levantarme del suelo y darme los auxilios que exigía mi situación.

XIX



ESPERTÉME al fin en sus brazos, y nunca empleó tanta elocuencia, tanta ternura y tantas lágrimas para implorar su perdón. Confesó que era el último de los hombres, pero me dijo que una sola cosa le realzaba á sus propios ojos, y era el entrañable amor que siempre me había tenido, y que ninguno de sus vicios, ninguno de sus crímenes había sido poderoso á amortiguar. Hasta entonces siempre había luchado contra las apariencias que por todas partes le acusaban, había luchado contra la evidencia por conservar mi aprecio; pero entonces, no pudiendo ya justificarse con mentiras, tomó otro tono, adoptó un nuevo carácter para contenerme y persuadirme; despojóse de todo artificio, más bien pudiera decirse de todo pudor, y me confesó todas las vilezas de su vida. Pero aun en medio de aquel abismo tuvo buen cuidado de hacerme ver y comprender lo bueno que había en él, la facultad de amar, el eterno vigor de un alma en que los más violentos vaivenes, las pruebas más peligrosas no eran bastantes á apagar el fuego sagrado del amor.

—Mi conducta es vil—me dijo,—pero mi corazón es siem-

pre noble. Siempre le desgarran sus extravíos; mi corazón ha conservado tan enérgico, tan puro como en su primera juventud, el sentimiento de lo justo y de lo injusto, el horror del mal que comete, el entusiasmo de todo lo bello que contempla. Tu paciencia, tus virtudes, tu angélica bondad, tu misericordia infinita como la de Dios, no pueden ejercitarse en favor de un sér que las comprenda mejor y las admire más: un hombre de buenas costumbres y de una conciencia delicada las hallaría más naturales y las apreciaría menos; con un hombre así, además, no pasarías de ser una mujer honrada; pero con un hombre como yo, eres una mujer sublime, y la deuda de gratitud que se aglomera en mi corazón es inmensa como tus sacrificios y tus amarguras. Créeme, Julieta; algo es en el mundo ser amado y tener derecho á una pasión indecible; sobre quién podrías jamás tener este derecho como sobre mí? ¿por quién volverías á comenzar á sufrir los tormentos y la desesperación que has sufrido ya conmigo para adquirirle? ¿Crees tú que hay otra cosa más en la vida que el amor? Yo por mí, no lo creo; ¿y te parece que es cosa fácil inspirarle y sentirle? Millares de hombres viven y mueren incompletos sin haber conocido otro amor más que el de los animales, y muchas veces un corazón capaz de sentirle busca en vano donde colocarle, y sale virgen de todos los halagos terrestres para ir á hallarle tal vez en los cielos. ¡Ah! Cuando Dios nos concede en la tierra este sentimiento profundo, inefable, no se debe, Julieta, esperar ni desear la gloria, porque la gloria es la fusión de dos almas en un beso de amor; y ¿qué importa, cuando la hallamos en el mundo, que sea en los brazos de un justo ó en los de un condenado? Que sea maldito ó adorado entre los hombres el que tú amas ¿qué te importa si él te ama también? Dime, ¿me amas á mí ó amas la opinión que tienen los hombres de mí? ¿Qué has amado en mí desde el principio? ¿Acaso el esplendor que me rodeaba? Si hoy me aborreces, será preciso que en vez de aquel ángel, de aquella víctima consagrada al martirio cuya sangre derramada por mí cae incesantemente gota á gota sobre mis labios, no vea yo en ti más que una niña crédula y débil que me ha amado por vanidad y que me abandona por egoísmo. ¡Julieta, Julieta, piensa en lo que haces si me abandonas! Perderás el único amigo que te conoce, que te aprecia y te venera,

por un mundo que te desprecia ya, y cuya estimación no volverás á conquistar jamás. Sólo te queda un amor en el mundo, ¡pobre vida mía! Es preciso que sigas la suerte del aventurero ó que mueras olvidada en un claustro. Si me abandonas, serás tan insensata como cruel; habrás agotado todos los males, toda la pena y no recogerás los frutos de tu sacrificio, porque, ahora, si á pesar de todo lo que sabes, puedes aún amarme y seguirme, sabe que te amaré con un delirio de que tú no tienes idea, y que ni aun yo mismo hubiera podido sospechar si me hubiera casado contigo honradamente, y hubiera vivido en paz contigo en el seno de la familia. Hasta ahora, á pesar de todo lo que has sacrificado por mí, de todo lo que has sufrido, no te he amado todavía como me siento capaz de amarte. Aún no me habías amado tú tal cual yo soy; tú amabas á un Leoni imaginario, en quien veías aún cierta grandeza y cierta seducción; esperabas que algún día llegaría á ser el hombre á quien amaste en un principio; y no creías, ¡infeliz! que estrechabas en tus brazos á un hombre absolutamente perdido. Y yo... yo me decía: No me ama más que condicionalmente, ó por mejor decir, no me ama á mí, sino al personaje que represento; cuando vea mis facciones sin máscara, huirá de mi tapándose los ojos, y el amante á quien estrecha ahora en sus brazos, la causará horror. No, no es la mujer y la querida que yo había soñado y que mi alma ardiente pide al cielo; Julieta forma parte todavía de esa sociedad de que soy enemigo, y ella también será mi enemiga cuando me conozca. No puedo fiarme de ella, no puedo depositar en el seno de ningún sér viviente la más odiosa de mis angustias, la vergüenza que tengo de lo que hago todos los días. Sufro, y me roen el alma los remordimientos; ¡si existiera una criatura capaz de amarme sin pedirme que dejara de ser quien soy! ¡si pudiera tener una amiga que no fuese un acusador y un juez!... Esto me decía yo á mí mismo, Julieta; esta amiga pedía yo al cielo; pero pedía que fueras tú y no otra, porque tú eras lo que más amaba yo en este mundo antes de comprender todo lo que nos faltaba que hacer á entrambos para amarnos verdaderamente.

¿Qué podía yo responder á semejante discurso? Nada; re-
ducíame pues á mirarle con ojos estupefactos, asombrada de

hallarle todavía hermoso y amable, de sentir á su lado la misma conmoción profunda, el mismo deseo de sus caricias, la misma gratitud á su amor. Su abyección no dejaba ninguna huella sobre su noble frente, y cuando sus rasgados ojos negros flechaban su llama á los míos, yo me sentía deslumbrada y encantada como antes; todas sus manchas desaparecían y hasta las señales de la sangre de Henryet, todo quedaba borrado, y yo todo lo olvidé para unirme á él con nuevas promesas, con juramentos frenéticos, insensatos; entonces ví en efecto que se reavivaba su amor, ó más bien que se renovaba, como él me lo había anunciado. Abandonó ó punto menos á la princesa Zagarolo, y pasó todo el tiempo de mi convalecencia á mis pies con la misma ternura, los mismos cuidados y las mismas delicadezas que me habían hecho tan feliz en Suiza; hasta me atreveré á decir que aquellas pruebas de ternura fueron más vivas y me dieron más orgullo y elegancia; que aquella fué la época más feliz de mi vida, y que nunca amé más á Leoni. Estaba íntimamente convencida de todo lo que me había dicho; ya no podía yo además temer que me quisiese por interés, pues ya nada podía darle en este mundo; dependía absolutamente de él, y estaba sujeta á todos los azares de su suerte; en fin, sentía una especie de orgullo en no mostrarme inferior á lo que esperaba de mi generosidad, y su gratitud me parecía mayor que mis sacrificios.

Entró una noche en mi cuarto muy agitado, y estrechándome mil veces á su corazón:

—Julieta mía—me dijo,—mi hermana, mi esposa, mi ángel, es preciso que seas buena é indulgente como Dios, es preciso que me des una nueva prueba de tu celestial dulzura y de tu heroísmo. Es preciso que vengas á vivir conmigo en casa de la princesa Zagarolo.

Retrocedí muda de asombro, y como conocí que ya no estaba en mi mano negarme á nada, empecé á temblar como un reo en presencia del suplicio.

—Escucha—me dijo,—la princesa está sumamente mala; como la veo poco hace algún tiempo, por causa tuya, la tristeza ha agravado su mal en términos que los facultativos le dan apenas un mes de vida. Una vez que ya lo sabes todo... puedo hablarte sin rebozo de ese infernal testamento; trátase pues de una herencia de muchos millones ~~en que tengo por~~

rival á toda una familia ansiosa de aprovecharse de mis errores para dejarme por puertas en el momento decisivo. El testamento en mi favor existe con todos sus requisitos; pero un instante de despecho puede hacerlo nulo. Estamos arruinados, y sólo nos queda este recurso; si le perdemos, será preciso que vayas tú á un hospital y que yo me haga capitán de bandoleros.

—¡Dios mío!—le dije—¡Vivimos en Suiza con tan poco! ¿por qué ha de ser para nosotros la riqueza una necesidad? ¿Ahora que nos amamos tanto, no podemos vivir felices sin cometer nuevas infamias?...

Hizo Leoni por toda respuesta un movimiento de contracción con las cejas que revelaba la pena, el fastidio y el temor que le causaban mis reconvenciones; callé pues al punto, y le pregunté en qué era necesaria mi presencia al buen éxito de su empresa.

—Porque la princesa en un arrebato de celos, bastante fundado, se ha empeñado en verte. Mis enemigos han tenido buen cuidado de informarla de que paso todas las mañanas con una mujer joven y linda que ha venido á buscarme á Milán; por mucho tiempo he logrado hacerla creer que eres hermana mía; pero de un mes á esta parte, viendo que la abandono enteramente, ha empezado á concebir algunas dudas, y no cree ya en tu enfermedad que he alegado como disculpa de mis ausencias. Hoy en fin, me ha declarado que si la abandono en el estado en que se encuentra, no creará más en mi cariño, y procurará olvidar el suyo.

«Si tu hermana está enferma, y no puede pasar sin ti—me dijo—tráela á mi casa, y mis doncellas y mis médicos la asistirán; podrás verla á todas horas, y si realmente es tu hermana, yo la querré como si lo fuera mía también.»

En vano he querido oponerme á tan extraño capricho; la he dicho que eras pobre y muy altiva, que nada en el mundo te haría consentir en aceptar su hospitalidad, y que era en efecto poco decoroso y hasta ridículo que fueses á habitar á casa de la querida de tu hermano; pero nada ha querido escuchar, y responde á todas mis objeciones:—Bien veo que me engañas;—no es tu hermana.— Si te obstinas, Julieta, somos perdidos;—¡ven, ven, yo te lo suplico, amada mía, ven!

Tomé sin responder palabra mi chal y mi sombrero, y mientras me disponía para salir, caían lentamente copiosas lágrimas por mis mejillas, que Leoni enjugó con sus labios estrechándome otras mil veces entre sus brazos y llamándome su bienhechora, su ángel tutelar, su única amiga.

Crucé temblando los inmensos salones de la princesa. Al ver la riqueza de aquel palacio, sentí oprimido mi corazón con un peso indecible, y recordé las duras palabras de Henryet: «Cuando ella muera, usted será rica, Julieta, heredará su lujo, dormirá en su lecho, y aun podrá ponerse sus vestidos.»

Al pasar por junto á los lacayos, tuve que bajar los ojos porque me parecía que me miraban con odio y con envidia, y me sentí más vil que ellos. Leoni me apretaba el brazo con el suyo, y viendo que todo mi cuerpo temblaba y que apenas podía sostenerme:—¡Ánimo, ánimo! me decía en voz baja.

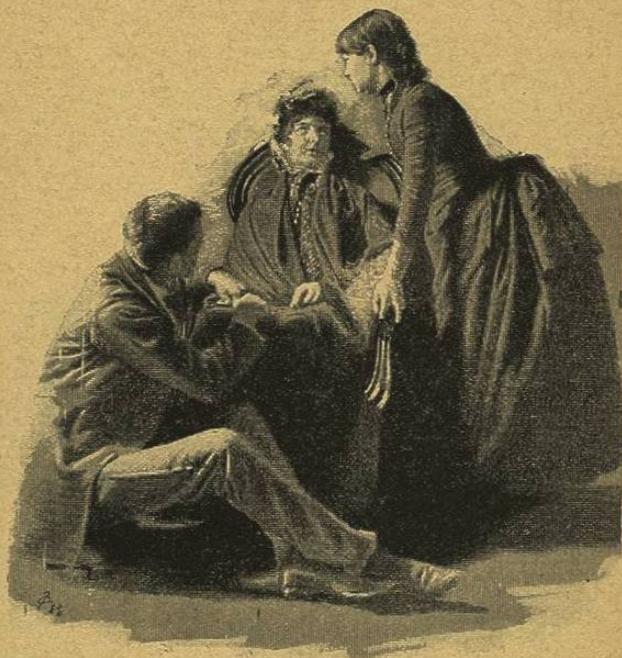
Llegamos en fin á la alcoba; la princesa estaba recostada en una butaca, y nos esperaba al parecer con impaciencia. Era una mujer de como hasta treinta años, muy delgada, de tez sumamente amarilla, y vestida con regia elegancia, aunque en traje de casa; debía haber sido hermosísima en su primera juventud, y tenía una fisonomía en extremo agradable. La blancura de sus carrillos hacía que pareciesen todavía mayores sus rasgados ojos, cuyo blanco, vitrificado por la consunción, semejaba al nácar de las perlas; sus cabellos sutiles y largos, eran de color negro reluciente, y parecían débiles y enfermos como toda su persona.

Prorrumpió al verme en una ligera exclamación de alegría, y me presentó una mano azulada y transparente que me parece estar viendo todavía; una seña de Leoni me hizo comprender que debía besar aquella mano, y me resigné.

Leoni se hallaba sin duda en una situación algo embarazosa, y con todo su naturalidad y su impavidez me confundieron: hablaba de mí á la princesa como si nunca hubiera podido descubrir su engaño, y la ponderaba su ternura delante de mí como si me hubiera sido imposible escuchar sus palabras con dolor ó con celos. Conocíase que la princesa conservaba aún ciertos visos de desconfianza, y conocí por sus palabras y sus miradas que me estaba estudiando para confirmar sus sospechas ó para destruirlas. Como mi natural

dulzura excluía toda especie de odio, pronto adquirió gran confianza en mí, y celosa como lo era hasta lo sumo, fácilmente se persuadió de que era imposible que consintiese una mujer en hacer el papel que yo estaba haciendo: una aventurera hubiera podido aceptarle, pero la expresión de mi semblante desmentía esta conjetura. Acabó la princesa por tomarme un cariño ciego; nunca quería que saliese de su cuarto, y me colmaba de regalos y de caricias. No dejó su generosidad de humillarme algún tanto, y tuve tentaciones de rehusar sus dádivas; pero el temor de disgustar á Leoni, me hizo soportar esta nueva mortificación. Lo que tuve que sufrir en los primeros días, y los esfuerzos que hice para doblegar hasta aquel punto mi orgullo, son cosa que sólo Dios y yo sabemos; pero aquellas penas fueron mitigándose con el tiempo, y la situación de mi ánimo llegó á ser tolerable. Leoni me manifestaba á hurtadillas una gratitud apasionada y una ternura delirante; á pesar de sus caprichos, de su impaciencia y de todo lo que me hacía sufrir su amor á Leoni, llegué á querer muy de veras á la princesa. Su corazón era más bien ardiente que tierno, y su carácter más bien pródigo que generoso; pero tenía en su trato una dulzura irresistible; la gracia que chispeaba en su lenguaje aun en medio de los más vivos dolores, el tacto con que sabía escoger palabras ingeniosas y tiernas para darme gracias por mis desvelos, ó pedirme que olvidara sus arrebatos, sus delicadas atenciones, su coquetería, que la seguía hasta el sepulcro, todo en ella tenía un carácter de originalidad, de nobleza y de elegancia, que hacían tanta más impresión en mí, cuanto nunca había yo visto de cerca á ninguna mujer de su clase, y no estaba acostumbrada á aquel irresistible atractivo que les da el trato continuo de la buena sociedad. Poseía la princesa este halago en tan alto grado que no pude resistir á él, y me dejé dominar á merced de su albedrío; era tan maliciosa y tan amable con Leoni, que no me admiraba de que estuviese enamorado de ella, y acabé en fin por acostumbrarme á ver las caricias que se hacían y á escuchar sin indignación sus palabras de ternura. Había en verdad ocasiones en que tenían bastante gracia y talento uno y otro para que hallase yo cierto placer en escucharlos, y Leoni encontraba medio de dirigirme algunas indirectas tan delicadas que casi me sentía á veces feliz

con mi odiosa humillación. No tardó en desvanecerse el odio que me manifestaban al principio los lacayos y los subalternos, merced al cuidado que tuve de repartir entre ellos todos los regalos que me hacía su señora: hasta llegué á granjearme el cariño y la confianza de los sobrinos y de los primos;



una sobrina muy linda, á quien la princesa se obstinaba en no recibir, fué por fin admitida á su presencia por mi mediación, y la agradó en extremo. Entonces la supliqué que me permitiese regalar á aquella amable niña un rico aderezo que me había obligado á aceptar aquella misma mañana, y este acto de generosidad la obligó á hacer á su sobrina un presente mucho más considerable. Leoni, que no era nada pequeño ni mezquino en su codicia, vió con placer los socorros pres-

tados á una huerfanita pobre, y los demás parientes empezaron á creer que nada tenían que temer de nosotros, y que nuestro cariño á la princesa era verdaderamente noble y desinteresado; cesaron pues enteramente las tentativas de delación contra mí, y por espacio de dos meses pasamos una vida muy tranquila en la que me admiraba de ser casi feliz.

XX



o único que me inquietaba seriamente era ver siempre á nuestros alrededores al marqués Lorenzo de... que había logrado introducirse, no sé cómo, en casa de la princesa, y la divertía con sus cáusticas y maldicientes habladurías; luego se llevaba á Leoni á las otras habitaciones donde tenía con él largas conferencias de las que siempre salía Leoni con malísimo humor.—Aborrezco y desprecio á Lorenzo, me decía muchas veces; es el pícaro más redomado que calienta el sol; es un hombre capaz de todo.—Pedíale yo entonces que rompiera de una vez con él; pero á esto me respondía:—Eso es imposible, Julieta; tú no sabes que cuando dos malvados se han unido una vez, no se separan más que para enviarse mutuamente al patíbulo.—Estas siniestras palabras estaban tan poco en armonía con aquel hermoso palacio, en medio de nuestra apacible vida y casi á los oídos de aquella princesa tan amable y confiada, que al escucharlas toda la sangre se me helaba en las venas sin saber por qué.

Empeoraba en tanto de día en día la situación de nuestra